

en Escandinavia, condes francos y alemanes, nobles sajones y frisonos, jefes eslavos y avaros, senadores romanos y jeques árabes de las orillas del Ebro. Este conjunto debió ser por demás abigarrado, á la par que en extremo variable, lo que se comprende dado el carácter de los tiempos y á pesar de que el palacio de Aquisgran fué residencia favorita de Cárlo-Magno. ¡Qué confusion de trajes, qué caos de lenguas, qué extravagante mezcla de pompa y

Einhard y Angilberto. Fundó en su corte una escuela modelo y favoreció eficazmente la fundacion de escuelas monásticas semejantes á las que establecieron Hraban en Fulda, Hartmod en San Gall y Walfredo en Reichmau. El mismo emperador poseia el idioma griego, hablaba el latin, se consagraba al estudio de la gramática, retórica y astronomía; y tal era su afán por instruirse que aún durante la comida se hacia leer historias y gestas de los antiguos, segun lo ha consignado su biógrafo Einhard. Como ya se ha dicho, era imposible que esta cultura se adaptara á la índole del pueblo germánico, ya que debia por su misma esencia tener el carácter cristiano-romano. Por la misma razon todos los trabajos artísticos de la época Carlovingia, prepararon el camino al arte románico.

No obstante su prevencion religiosa contra el paganismo germánico, Cárlos no se dejó romanizar en absoluto. Fué por el contrario completo y genuino germano; por eso cuidó tanto del desarrollo y perfeccion del idioma nacional, segun lo prueba su decreto ordenando se predicara en aleman en las iglesias; y fué aún más allá, pues empezó á redactar una gramática alemana, y dió nombres alemanes á los doce vientos y á los doce meses, nombres que aún se conservan en Suiza. Finalmente, para servirnos de las palabras de su ministro y biógrafo Einhard, «hizo copiar las antiguas canciones nacionales, puestas en boca de los héroes y en las que se narraban los hechos y las luchas de los antiguos reyes, con objeto de que el pueblo las retuviera en la memoria.» Desgraciadamente se ha perdido esta coleccion de antiquísimos cantos heróicos alemanes. Dícese que en el siglo XII existia todavía uno de estos manuscritos en Inglaterra, pero por desgracia tambien desapareció.

En la corte de Cárlo-Magno se ofrecen los contrastes más salientes de la época, los tipos más diversos: germanismo y romanismo, paganismo, cristianismo é islamismo; legados del papa, embajadores del emperador de Bizancio, enviados del califa de Bagdad, obispos católicos y adoradores de Odin



CASA SEÑORIAL

de barbarie debió reinar allí en las grandes solemnidades y regocijos! Pero debe notarse además que la corte del emperador no era precisamente el lugar donde se observaban las más nobles costumbres, aunque tratemos de ser algo indulgentes en vista de la general relajacion de las ideas y de los sentimientos de aquellos tiempos. A decir verdad, Cárlos no se hizo culpable de la glotonería que en aquel entónces llegó á ser un vicio dominante; muy al contrario, era bastante sobrio en el goce de los placeres de la mesa, pero en cambio agradábase mucho las mujeres, pues tenia cuatro esposas legítimas: la longobarda Bertrada, la suaba Hildegarda, la franca Fastrada, y la alemana Liudgarda; entre sus concubinas cítanse Adaltruda, Regina y Adalinda. Tuvo catorce hijos é hijas legítimos y naturales, de cuya educacion cuidaba, dirigiéndola, segun Eginardo, de modo que «hijos é hijas se instruyesen primero en las ciencias. Tan luégo como su edad se lo permitiera, los varones debian montar á caballo, segun costumbre de los francos, y ejercitarse en el manejo de las armas y en la caza; las hijas, en cambio, se ocupaban con la rueca y el huso, para no acostumbrarse á la holganza; y en general dábase á todos una buena crianza.» Esta «crianza» ú honesta educacion de las doncellas, era, sin embargo, cosa rara, tanto, que más bien podria considerarse como muy excepcional. Las relaciones de ambos sexos en la corte de Cárlo-Magno eran ciertamente harto ilícitas, tanto que el emperador hubo de cerrar no sólo un ojo, sino los dos, cuando su hija Hruotrud dió á luz un hijo natural, de cierto conde Rorich, y su otra hija Berta dos varones ilegítimos del preceptor de la corte, Angilberto. Lo que se cuenta de una tercera hija de Cárlos, Emma, con su amante Eginardo, no pasa de ser una fábula poética, porque el emperador no tuvo ninguna hija de este nombre; pero carac-

teriza el buen tono y la buena «crianza» predominantes en la corte Carlovingia. Más tarde, después de la muerte del emperador, las princesas faltaron á todos los deberes que les imponían el decoro y la honestidad, pues su hermano el emperador Ludovico se vió obligado á expulsar de la corte á los amantes de sus hermanas. En 808, el mismo Cárlo-Magno hubo de adoptar medidas contra el exagerado lujo en los trajes: el edicto que al efecto expidió, aunque sólo condenaba la profusion de pieles, puede considerarse como el más antiguo de aquellos «reglamentos para los trajes,» decretados cada vez con más frecuencia durante toda la Edad media por los príncipes de la Iglesia, los reyes y los magistrados de las ciudades, aunque sin resultado, pues ningún poder de la tierra iguala al de la moda, que como hija mayor de la necedad, en todos tiempos y lugares se ha burlado, burla y burlará siempre de los dioses y de los hombres.

El citado Angilberto, uno de los sabios de la corte de Cárlo-Magno, y además yerno suyo, escribió en desdichados exámetros latinos un panegírico biográfico del gran emperador: este producto de la musa palaciega sólo ha llegado en fragmentos hasta nosotros, cosa muy lamentable, pues en su conjunto nos habría dado una idea bastante clara de la vida en la corte Carlovingia. Uno de los pasajes conservados cuenta, evidentemente copiando del natural, cómo la emperatriz Liudgarda, con sus dos hijastros Cárlos y Pipino y varias de sus hijastras, todos montados á caballo, salían á cazar. Hé aquí una traducción por la que podrá formarse idea de la vida de los nobles á fines del siglo VIII. «Liudgarda, la encantadora esposa del sublime Cárlos, rodeada de numeroso séquito, sale por los altos pórticos al patio; su rostro podría competir con las rosas por su color y lozanía; la púrpura envidiaría el brillo de su cabellera trenzada; algunas cintas de oro sujetan el manto, y otras encarnadas rodean las sienes, blancas como la nieve; flota al viento la falda de hilo, dos veces franjeada de púrpura; el cuello está engalanado con piedras preciosas, y en la cabeza despide rayos la corona de oro. Cuando así vestida se presenta, los criados de la corte abren paso á derecha é izquierda; monta en su corcel y brilla majestuosa ante el grupo de los nobles, que en el apogeo de su juventud, y con varonil y orgulloso continente rodean á los dos hijos del rey, Cárlos y Pipino. El que lleva el nombre del padre, y que se le parece por sus formas, por su rostro y su genio, se presenta armado de todas armas, como el poderoso guerrero en las batallas. Después de la reina y de los príncipes, el ruidoso séquito cruza las puertas, acompañado del ladrido de los perros y del sonido de los clarines; siguen las princesas con un numeroso acompañamiento de damas, y á su frente avanza Hruotrud, majestuosa y altiva, montada en su corcel. Su rubia cabellera está sujeta por una cinta de color de púrpura, y en su cabeza ostenta una corona de oro. Entre las damas distínguese Berta, imagen fiel de su padre, tanto por su genio como por el rostro, la voz, los ojos y el carácter; sus blondos cabellos están enlazados con unas trenzas de oro y ceñidos por una diadema; una piel de marta acaricia su nevado cuello, y las costuras de su túnica desaparecen bajo brillantes piedras preciosas. Detrás va Gisela la hermosa, blanca y deslumbrante como la nieve: algunos hilos de púrpura cruzan el delicado tejido de su velo, que cubre el sonrosado cuello; su mano brilla como la plata, y como el oro su frente; sus ojos despiden rayos; y con inimitable gracia y aplomo refrena su impetuoso alazan. En pos de la brillante comitiva que avanza á galope rodeando á Gisela, su hermana Ruodhaid dirige su jaca, veloz

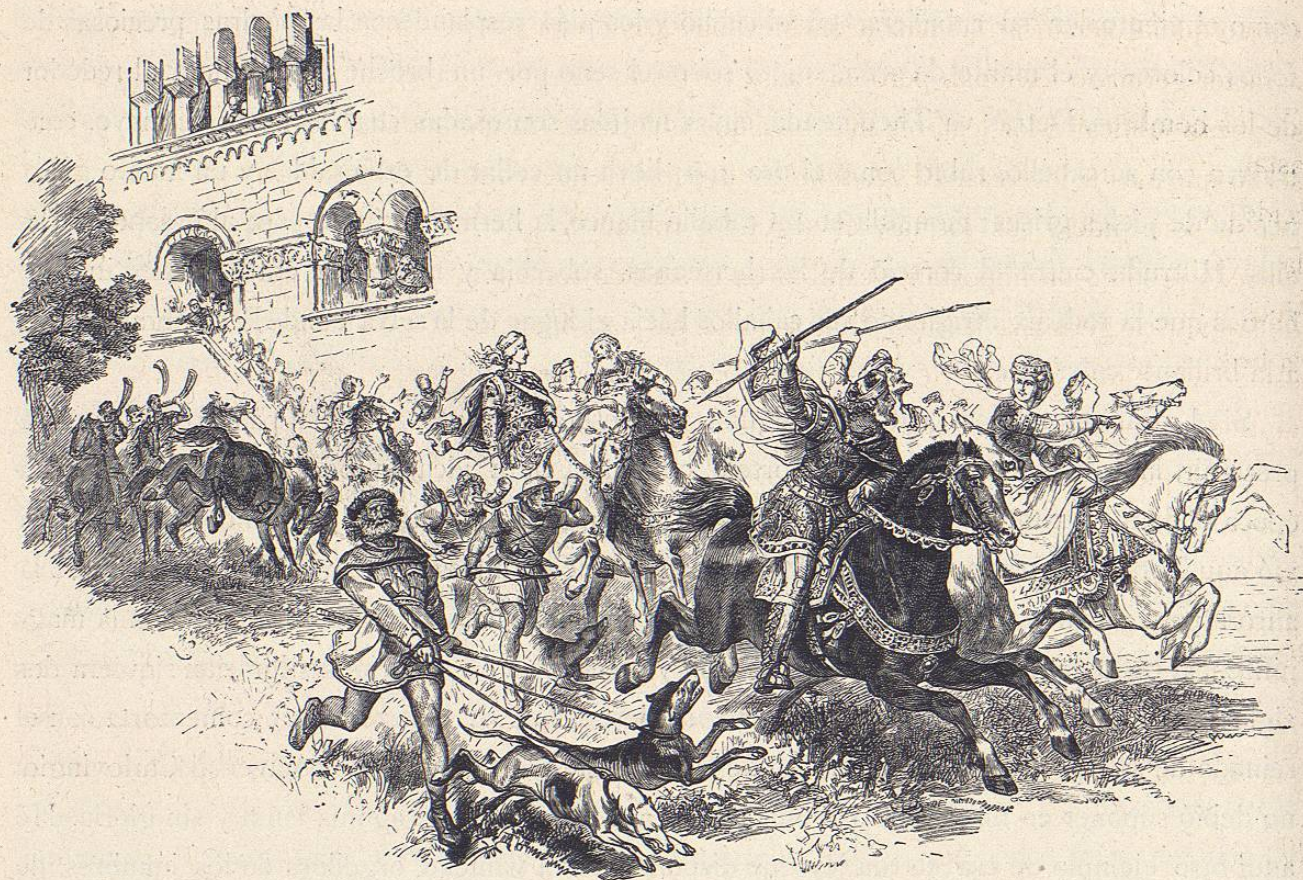
como el viento: en su cabellera, en el cuello y los piés resplandecen las piedras preciosas de todos colores; y el manto de seda, sujeto sobre el seno por un broche de oro, flota al rededor de los hombros. Detrás va Theoderada, cuyas mejillas sonrosadas, cual las flores de mayo, contrastan con su cabello, rubio como el oro fino; lleva un collar de esmeraldas y un manto guarnecido de pieles grises; montada en un caballo blanco, la hermosa vírgen pasa al galope, y tras ella, Hiltruda cierra el cortejo de las hermanas, soberbia y magnífica entre la multitud de héroes que la rodean, dirigiendo sus caballos hácia el lugar de la selva donde la sombra protege á la brillante cabalgata.»

Si el gran emperador contempló alguna vez desde las ventanas de su palacio, como es de presumir, la salida de aquel lucido cortejo, que daba clara idea de todo cuanto su casa y su época podían ostentar en nobleza, hermosura, magnificencia, felicidad, esplendor y alegría; si vió aquel brillante grupo de sus apuestos hijos y hermosas hijas desfilando á la límpida luz de la aurora para tomar parte en la alegre cacería, seguramente no acertó á pensar que toda la magnificencia carlovingia, que toda su generación y ménos aún su imperio, no durarían siquiera dos siglos; no pudo imaginar que inmediatamente después de su muerte (814), comenzaría con el reinado de su hijo Ludovico el periodo de la triste decadencia del poder universal Carlovingio; no debió suponer en fin que el porvenir de su casa sería sólo una agonía lenta y sin gloria. Hé aquí otro ejemplo de esa eterna ley que dispone que la vanidad orgullosa de los hombres, de las dinastías, de las naciones y de las razas quede á la postre reducida á una nulidad efímera.

Pero aunque decayera el magnífico edificio del imperio Carlovingio socavado interiormente por la separación cada vez más pronunciada de las nacionalidades de que se componía, su pensamiento fundamental y civilizador se mantuvo vigoroso y no dejó de ser eficaz para el Estado y la Iglesia; las ideas de la época carlovingia conservaron su fuerza decisiva; el Imperio y el Pontificado, cuya buena inteligencia era la base de la teoría política predominante en la Edad media, llegaron á ser los polos sobre que giró el desarrollo social de muchos siglos. La legislación, la administración y la jurisprudencia marchaban en general por las mismas vías que Cárlo-Magno señaló, aunque en los asuntos privados el tiempo introducía los consiguientes radicales cambios. Todas las señales exteriores de vida, especialmente en cuanto conciernen á la cultura intelectual, regíanse por las prescripciones de la Iglesia, que predominaron durante muchos siglos en las diversas naciones, aunque estas influyeran á veces en aquellas más ó ménos poderosamente.

Esa influencia se observa asimismo en la poesía cristiana mística del siglo IX, con la cual comienza la literatura poética de los alemanes, puesto que se han perdido los cantos religiosos y las epopeyas pagano-germanas de nuestros antepasados.

Dos producciones de esta poesía se distinguen mucho entre el escaso número de las demás, dos obras que tratando la misma materia difieren completamente en la forma: el *Heliand* (*Heiland*, Redentor), en antiguo dialecto sajón, y el *Krist* (Cristo), en antiguo dialecto de la Alemania superior. Ambas obras, llamadas *Armonías evangélicas*, tienen por asunto la vida de Jesús, según la refieren los Evangelios; pero ¡cuánta diferencia en el desarrollo de sus temas! Bien puede compararse á la que media entre la palabra hablada y la escrita, entre el arpa y el libro, entre el germanismo y el romanismo. Al poeta sajón que por mandato del



PARTIDA DE CAZA

piadoso emperador Ludovico compuso en la primera mitad del siglo IX el *Heliand*, debemos representárnosle como uno de los antiguos bardos del país, recitando oralmente su poema á sus compatriotas, ó asistiendo quizás á una gran solemnidad religiosa. El autor del *Krist*, por el contrario, huyendo del ruido profano del mundo (*sonus inutilium rerum*, del ruido de las cosas inútiles, como lo llama en su prólogo latino), se oculta ansioso en su clausura monacal para inclinarse sobre sus rollos evangélicos, extendidos en su pobre mesa, ó para escribir, ó más bien pintar sus versos cuidadosamente, con la pluma de grulla, en la *charta pergamena* (hoja de pergamino) que tiene ante sí. El antiguo cantor sajón ha dado á toda su obra el carácter popular de su país, comunicando á su sencillo poema épico, cierto sabor nacional. Jesús aparece en ella rodeado de sus discípulos, como el duque de una tribu germana entre su séquito guerrero, y junto á María, «la más hermosa de las mujeres,» «la bella jóven» elegida por el *Dejen* (espada, héroe) José; el lenguaje de Jesús respira el sentimiento de veneración germánica hácia la mujer, como si en realidad hablara en los tiempos de Veleda.

Esta poesía, fiel trasunto de la naturaleza, y escrita según las reglas de la antigua rima nacional, produce tal impresión, que llega á creerse fué Germania en realidad el país donde Jesús pasó su vida. El poeta del *Heliand* ha compuesto por lo mismo una obra muy importante y recreativa, obra en la que por última vez se reconoce el espíritu y carácter de la verdadera poesía popular de la nación de los primitivos tiempos. El monje benedictino Otfredo, que escribió su *Krist* en los años 863 á 872, en el convento de Weissenburgo (Alsacia), ha introducido por el contrario en Alemania la poesía sometida al arte, ofreciendo notable contraste con los cantos populares del país, calificados desdeñosamente por él de *obscenos* (*cantus laicorum obscenus*).

Cierto que al versificar las narraciones evangélicas no ha podido prescindir completamente del carácter germano nacional, pero en todas partes se reconoce que el sabio monje se propone en su poesía edificar á los lectores más bien que divertirlos; la moralidad, y no la narración, parece ser lo que más le interesa. El *Heliand* es un poema; el *Krist* un sermón; el primero es germano por su contenido y sus formas, el segundo, romano; y por eso mismo la poesía artificial de Otfredo produjo un importante cambio en el sentido romano, porque este autor empleó en vez de la métrica germana la rima final romana, las consonancias ó asonancias que comenzaron á usarse en el latín bárbaro de la Edad media. Esto constituye un rasgo característico tan importante como puede serlo la introducción de una lengua extranjera en la legislación y en el culto nacional, pues todos sabemos que la poesía de un pueblo es la flor más delicada de su cultura, la expresión más íntima de sus ideas y aspiraciones. Nuestros antepasados, al abandonar la métrica antigua para adoptar la rima final, demostraron que habían perdido la fe en la posibilidad de seguir una nueva vía de progreso y deseaban obedecer las leyes del desarrollo de la civilización cristiano-romana, tales como Cárlo-Magno las creara. Los sentimientos nacionales retrocedieron por de pronto tímidos y recelosos, refugiándose en lo más íntimo del corazón del pueblo; mientras que los principios eclesiástico-romanos predominaban orgullosos é intolerantes.

